

Miércoles, 8 de Noviembre de 2017

Homilía

Fr. Alfred Parambakathu OFM Conv.

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos en Subiaco, donde el recuerdo de los santos Benedicto, Escolástico, y Francisco de Asís está profundamente arraigado. Me gustaría reflexionar sobre las lecturas litúrgicas de hoy en relación con las vidas de los santos Benedicto y Francisco de Asís en Subiaco. Benedicto, hijo de una noble familia romana de Norcia, llegó a Roma a la edad de veinte años, para continuar sus estudios, pero su idea se difuminó al contacto con el ajetreo de la ciudad y todos sus lugares pecaminosos, y decidió abandonarlo todo. Dejando atrás toda la gloria de un hombre noble, llegó a Subiaco y vivió en una cueva, la denominada Sacro Speco, durante tres años, alimentándose solamente de algunos alimentos que le bajaba en una cesta un monje llamado Romanus. A menudo luchaba contra la tentación revolcándose desnudo en arbustos con espinas, a fin de vencer la lujuria. Es aquí donde nació la vida monástica Benedictina. Las primeras versiones de la Regla de Benedicto, también se escribieron aquí. Llegados a este punto, podemos preguntarnos qué tenemos que ver nosotros, franciscanos seculares, con San Benedicto.

La respuesta es que estamos en Subiaco, donde dice la tradición que Francisco había llegado para visitar el Sacro Speco. Pueden verse los signos inequívocos de su visita en la Capilla de San Gregorio por medio de un hermoso fresco. Los historiadores dicen que esta imagen de Francisco es la primera que de él existe. El fresco se titula "San Francisco" y muestra al santo sin los estigmas y sin el halo, lo que indica que fue pintado en vida del Santo, antes de 1224. Vayamos a la vida de este santo, un hombre joven que lo dejó todo para seguir la voz de Cristo; que vivió en una cueva durante bastante tiempo y después en San Damián, sirviendo a los leprosos; que luchó contra las tentaciones de la carne revolcándose entre las rosas con espinas.

¿Por qué hicieron esas cosas estos dos santos? ¿Tenían miedo del afecto humano? ¿Odiaban al mundo? La respuesta a todas estas preguntas puede encontrarse en las lecturas de hoy. En su carta a los romanos, San Pablo dice que todos los mandamientos se resumen en uno: el mandamiento del amor. Y categóricamente afirma que el amor es el cumplimiento de la ley. Para un discípulo de Cristo, ¿cuál es el amor que debe impregnarlo todo? No es otro que el amor al Maestro. Jesús pone ante nosotros tres condiciones si queremos seguirle, y después de cada condición, dice categóricamente: "... no puede ser mi discípulo". Las condiciones son: necesidad de apartarse de los afectos de la familia para seguir a Jesús (v.26), cargar cada uno con su cruz y seguirle (v. 27) y renunciar a los bienes

terrenales (v. 33). Éstos son los requisitos previos para seguir a Jesús.. Parecería que Jesús es muy exigente y radical y sí, realmente lo es.

“Quien viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas...”. Esto parece indicar que tenemos que odiar a nuestros seres queridos para seguir a Jesús. En lenguaje bíblico, la palabra “odiar” tiene a menudo el significado de “amar menos”, “amare meno”. El evangelista Mateo suaviza este significado diciendo: “Quien ame a su padre o a su madre más que a mí”. De modo que el significado es amar a nuestros seres queridos menos que a Jesús. No quiere decir que renunciemos a nuestros afectos espontáneos hacia nuestros seres queridos, sino que votemos, consciente y fundamentalmente, por la opción del Reino de Dios.

La vida normal de un franciscano seglar presenta muchos retos y dificultades, que constituyen la cruz de cada día. Cuando uno los lleva con la misma paciencia y humildad que lo hizo Jesús, esto le convierte en un verdadero seguidor de Cristo. En cuanto a la renuncia de los bienes terrenales, el evangelista utiliza el tiempo presente: “... quien de vosotros no abandona lo que tiene...”. Aquí, Jesús se refiere a la renuncia permanente de todas las posesiones materiales para seguirle y no sólo el deseo inicial. Tiene que ser un compromiso de por vida.

Así, Jesús demanda de sus seguidores una forma de vida radical, y parece claro por qué santos como Benedicto y Francisco de Asís optaron por una vida que parece radical y dura. Ellos se tomaron muy en serio la Palabra de Dios. Seguir a Jesús no era una entre muchas opciones de vida: era la única opción, y la vivieron plenamente. Como estamos reunidos en Subiaco, donde está viva la memoria de estos dos grandes santos, esto es una invitación a imitarlos. Que Jesús sea nuestro primer y único amor.